

# Conversaciones en El Prado

*Sergio Fernández*

Entre nebuloso e inamovible, entre irreal y compacto, entre transparente y denso, así surgió Cernuda para mí, por lo que ahora, después de un tiempo por demás borroso, intento cercarlo y acercarlo para que los jóvenes actuales lo conozcan. Pues ¿quién sabe de él más allá que su nombre? Acaso generaciones muy cercanas o gente que viene a estos homenajes en vías de dar o recibir información. ¿Quién o quiénes en esta ciudad lo han leído a fuer de saberlo un gran poeta? En el repaso actual de sus versos, curiosamente vislumbro un filo autobiográfico al que se le puede sacar partido, ya que de otro modo el poeta resulta lejano por mucho que entre españoles y algunos mexicanos haya sido una tangible realidad, aunque —si es posible decirlo— huidiza pues, como él dice: “La realidad por nadie / vista, paciente espera”, pero es mayor la invisible que la soterrada, como lo es casi toda su poesía.

“La armonía invisible es superior a la visible”, dice Heráclito. Por eso en ella la sabiduría trágica insiste en el reconocimiento de la verdad cuando acontece (después de la experiencia oscura del “sol negro”) a veces en el momento mismo de la catástrofe, a veces después, cuando los vientos del viejo Saturno han pasado y se aprovechan. Espera, decimos nosotros, para siempre, pues nunca es entendida la realidad, y menos cuando se la equipara a la verdad. Pero en este caso no importa demasiado porque Luis Cernuda muy pronto nos advierte: “Estoy cansado de estar vivo”, consigna que le sirvió para apurar toda su existencia, que fue poca, por cierto; que fue poca y muy mal vivida... por lo menos en parte, como ya veremos.

En efecto, el continente de desolación parece volcarse aún más cuando se refiere a sí mismo —a su verdad— o a un tema tan poco propicio a la poesía como el de su familia. Pero ¿se siente el poeta conmovido en lo más íntimo, en lo más individual de sí mismo? Desde pequeño, los dioses le han herido. La lectura de algunos poemas nos dicta que es como estar de espaldas al espejo o de pie, con cara hacia el pasado. Él, de niño, debe recordar ciertas cosas, como haber asistido pacientemente a la contemplación un tanto sofocante, en cierto modo inútil del crecimiento de sí mismo, alguien que no pidió nacer, vivo en cambio en el entorno asfixiante de las cosas, como rodeado siempre por una escueta habitación semejante a un alma que agoniza, pero que no ha muerto. Se habla de un “padre adusto”, de una madre “caprichosa”, con dos hermanas, una no menos desdichada que la otra. ¿Cómo no tener presente esa casa de la familia, “rígida como vidrio”? Allí, sentado en la mesa del co-

10

medor, sus ojos infantiles presidían sin mirar los ojos de los otros, forma de un presentimiento, el de “La amargura de haber vivido inútilmente”. Pero ¿quién puede culpar a nadie si a él lo hicieron “En un rato de olvido indiferente?” Nada tuvo que ver el no haberlos entendido (¿cómo haberlo hecho si el triunfo de un poeta está en la muerte?), pues la propuesta de sus familiares fue lo durable, lo aprovechable, lo cómodo y urgente; pero también lo que consideraban suyo, cuando propio no es ni un trago de agua “Refrescando sus fauces en verano”, dice como si estuviera en el Sahara. Por lo contrario, Luis se sabía percedero, baldío, incómodo, espinoso y de interiores entre afelpados y ásperos, como garra de tigre. Por eso le parecía mejor, como a los dioses caídos, participar en el dolor que colaborar cobardemente con el poder tiránico de la familia. Y más adelante, con quien representara ese poder. De allí su aislamiento excesivo. Pero como los temas a tratar en un gran poeta son infinitos, debo decir que hay dos que por ahora me interesan: el amor al cuerpo del joven amado y otro, tal vez opuesto, el de la metafísica que toca el poeta, lindante con una forma de metempsicosis por medio de la cual Cernuda hace ver —o se obliga a ver— que no hay una existencia sola, es decir, aislada; que son una serie encadenada de vibraciones etéreas por medio de las cuales posiblemente (el asunto no nos resulta claro) se tiende a la pureza. ¿Será por medio de la reencarnación, en un sentido platónico, que exista la redención humana? Por tanto me quedaré con fragmentos de algunos poemas, intercalando versos de aquí y de allá para ayudar a encarnar este texto que si algún valor tiene es que está dictado al calor de lo que personalmente viví al lado suyo, de Cernuda.

No me parece indispensable precisar el año en que lo conocí (aunque es claro que fue entre 1960 y 1963); en cambio, sí decir que mucho tiempo antes, de oídas, lo oí mencionar como poeta de fama —el mayor de la Generación del 27, a quien Cernuda mencionaba como del 29— al grupo de españoles que vivían en casa de Remedios, así, nada más, sin apellidos; porque Remedios era una especie de mesonera que alquilaba habitaciones en el Centro de la ciudad de México, precisamente en Mesones o una de esas calles conocidas, ya cerca de lo que fue San Juan de Letrán, pues nada permanece entre los mexicanos. De ese grupo traté únicamente a Soledad Martínez y, un poco por ser amigo de ella, a Ramón Gaya, el pintor, de tan pintoresco y mal carácter tanto que los otros (Concha Albornoz, Juan Gil Albert, la propia Soledad) guardaban con él muy propicias distancias. Pero a ese grupo, sofisticado y pendenciero, se adosaban Salvador Moreno —pintor, músico, escritor, una cajita de diamantes—, Francisco de la Maza, el crítico de arte y, de lejos, otros artistas más, de quienes recuerdo a Rodríguez Luna y a Enrique Klimont, de quienes se decía que no eran buenos porque caprichosamente los patrones de Ramón Gaya eran los únicos que contaban en unas reuniones en las que

si yo estaba era sólo de mirón, asustado de opiniones tan atrevidas cuanto cultas. Todos ellos, vistos a distancia, artistas inocentes sobre los cuales la sociedad suele inicualemente marginar con diatribas, al fin y al cabo lejanos amigos de Luis, repudiados, la mayor parte de ellos, por sus preferencias sexuales, ciertamente heterodoxas.

Yo era estudiante en Mascarones. Pero Soledad (ya muy mayor por aquella época, pero pequeñita y sin edad, igual a una bruja-muñeca) me adoptó porque le fui presentado por Ignacio Guerrero —Nacho— un hombre difícil de diseñar en el recuerdo y en la vida porque era un poco de todo: sastre de lujo (con despacho en Madero), profesor de canto (la ópera era su fuerte), gran coleccionista de jóvenes mancebos, sabio como nadie para vivir la vida, de perfil mexicano estilizado, de mediana estatura y extremadamente leal amigo; pero también coleccionista de buena pintura mexicana y, antes que nada, una notable alcahueta, pues gozaba (en los encuentros que proporcionaba a terceras personas) una extensión de sus propios placeres. Y como admiraba a Gaya sobre todos los pintores —excluido Cézanne, entusiasmo compartido con Soledad— ahí fui yo a parar, pues el ambiente me era tan atractivo que para quedarme le dije a Sole (quien fue discípula, en París, de Raymond Duncan, hermano de Isadora, venerada en el grupo) que me diera clases de francés y de danza, allá, en su bella terracita de la calle Reforma, casi enfrente del Cine Robles que, como casi todo, desapareció ya. Estos seres extraños no eran, no, insignificantes; si lo parecían era porque entre nosotros el muralismo en la pintura les era aplastante, ya que rechazaba todo “europeísmo” aunque de él se nutriera no en mínima parte, como el de Rivera y Tamayo. Pasaba lo mismo con Salvador Moreno y la escuela mexicana de música (Chávez, Revueltas, Moncayo, etcétera) o con aquello que no oliera a un nacionalismo explicable pero de torpe procedencia.

Por su parte, la ironía en ese grupo, dueño de toda la cultura europea (que olía a superioridad y a venganza velada), no se daba a desear por lo que ay de quien se atreviera a desafiar los valores estéticos por ellos impuestos. Detestaban todo y no sólo lo americano; todo, digo, lo que no estuviera bajo sus tendencias estéticas: el arte italiano renacentista, sobre todo el de Rafael, que les parecía manierista; la pintura de anécdota, como Delacroix; el Ballet Bolshoi, el Nacional de Amalia Hernández, el de Guillermina Bravo; la paupérrima vida cultural de la ciudad en comparación con París, pero claro es que desconocían a Villaurrutia como poeta, aunque se trataran a ratos; a él y en general a Contemporáneos, nuestros mayores valores en poesía, y hasta en pensamiento poético, salvado el caso de Pellicer, quien era ave de paso. En México se salvaban algunos seres extraordinarios, como la Montoya o Carlos Mérida, por los que sentían veneración dándoles cabida, además, a algunos pintores jóvenes de caballete, como Julio Castellanos o Guerrero Galván. De

Soriano, que vivía en Roma, era un extranjero a quienes muy pocos conocíamos, y respingaban la nariz ante María Izquierdo o Frida Khalo, pero adoraban la belleza de la luz de México, ciudad rosada, la más hermosa que hubieran visto nunca. Luz —decía Sole— proveniente de las pirámides antiguas, porque tu país es de los dioses.

Cernuda ya estaba, por lo visto, entre nosotros. Mira: ¿conoces “Las Nubes”? ¿“Desolación de la Quimera”? ¿no? Aquí te los traigo —me dijo Nachito—, pero me los regresas. Yo leí, al azar, “Despedida”, quizás el primer poema que en verdad me impactó, acaso porque le encontré algunas analogías con Villaurrutia:

12

La calle, sola a medianoche  
Doblaba en eco vuestro paso  
Llegados a la esquina fue el momento  
Arma presta, el espacio.  
Eras tú quien partía  
Fuiste primero tú el que rompiste,  
Así se rompe sola;  
Con terror a ser libre.  
Y entró la noche en ti, materia tuya.  
Su vastedad desierta  
Desnudo ya del cuerpo tan amigo  
que contigo uno era.

Por Ignacio Guerrero (única persona que me tomaba en cuenta mi pasión por la literatura) me aficioné a escribir y hacer un hueco dentro de mí mismo para aprender a leer poesía; eran, en aquel entonces, algunos de los Contemporáneos, los poetas mexicanos elegidos, y el propio Lorca, aunque yo, de motu propio, siempre me aparté de Borges y de Paz, pues contrariamente a mis paisanos (que los adoran), a mí me parecen poetas “pensados”; su poesía se marchita muy pronto. Nacho me decía que habría de presentarme con Cernuda a la brevedad a cambio de yo prometerle que lo invitaría a tomar café alguna que otra tarde libre para mí, pues la soledad de Cernuda, como bloque de mármol, no era fácil de compartirse. “Pero te encantará y podrás aprovechar su cultura, a toneles, sobre todo la angloamericana, aunque sus ensayos toquen temas variados, como los dedicados a México, aunque el poema sobre Quetzalcóatl sea francamente extraño, pero indica que Cernuda, inaccesible de hecho, fue medio ‘tocado’ por este país, ya que ninguno —comenzando por España— le llenaba el alma”.

Yo estaba allí, mas no me preguntéis  
De dónde o cómo vino, sabed sólo  
Que estuve yo también cuando el milagro.

“De España, como ya dije, nada, porque la detestó estando entre nosotros, como queda hartamente explicado en algunos poemas suyos que, cuando los leas, te fascinarán, porque tu sensibilidad va por caminos bien asentados. Es, claro, la España cadavérica, la de Franco”. En cuanto a “mis caminos”, se refería a Góngora y Quevedo o los místicos, y a mi pasión muy posterior por Rilke y Saint John-Perse, a quienes por los sesentas había yo descubierto. Más tarde vendría mi afición por Pellicer, Cuesta y Owen a la par de mi entusiasmo por Proust, la Woolf y la novela rusa; por Flaubert y Clarín. Por lo cual convini- mos en que a Cernuda le hablaría de mí y le haría extensiva mi invitación los miércoles de cada ocho días (no recuerdo si quince) a tomar café en el Hotel del Prado, justo en el vestíbulo donde *El paseo por una tarde de domingo en la Alameda* nos haría compañía, por lo que en ese sitio yo intercalaba sin pensarlo la taciturnidad y negro humor de Posada con la *Calavera Catrina*, el niño Diego, sor Juana, Cortés o algún piojoso cualquiera, regocijado con el sol a la caída de la tarde en la ahora extinta “Ciudad de los Palacios”; los intercalaba con el rostro aceitunado de Luis o con el mío, tirando a calvo y a hugonote del montón. Pero también (ya para entonces memorizaba algunos versos) me caían de pronto a la cabeza algunas líneas de él que si al principio me parecían indescifrables, luego comprendí que eran, todos, borradores ensamblados —virtuales— a los cuales se les notaban ciertas imágenes previas, lo que me parecía maravilloso, pues significaba que yo asistía y acaso comprendiera un verdadero proceso de creación.

13

Eres tú, y son los idos,  
Quienes por estos cuerpos nuevos vuelven.

Pero cuando aún no me lo habían presentado, me inquietaba estar en blanco; entonces me puse con pasión a leer toda la poesía publicada (¡qué ganas de tener alguno que otro manuscrito!), a la que, repito, que no capté del todo, y como el asunto de encontrarnos era meramente social, doblé el poemario y, después de pasar por el estudio de Ignacio (decorado por Gaya a la manera de Watteau) me dispuse a esperar a Cernuda admirando la *nuissannce* de los colores del mural trabajado al agua y pensando lo que quería decir el poeta al referirse a “La realidad profunda”, cuando el cuerpo se halla “anticipado”, y si acaso, que el amor nos “rescata el espíritu”. ¿Se trataba —repito— de la reencarnación? ¿De las horas melodiosas en que leía a Platón?

Llegó a la hora en punto, hayan sido las cinco o la hora que fuese. Y como tengo muy clara su figura, diré que era relativamente alto, moreno a la andaluza, muy tieso, de ojos oscuros de una lustrosa profundidad, con el pelo estirado al modo de Carlos Gardel, por lo que parecía estar siempre a leguas del sitio en que estuviera o pensando siempre en otra cosa, fuera de los rieles

que marcaba la conversación. No sé cuántos trajes tendría, ni camisas o pares de zapatos, pero era elegante de por sí, aunque sus bolsillos estuvieran vacíos. Lo cierto es que su afición por la ropa se le notaba porque hacía insospechadas combinaciones, desde el color de la corbata hasta los cuellos duros a los que a veces rodeaba una mariposa de seda, pues los moños estaban a la moda lo mismo que el calzado de fieltro o de dos pieles, blanca y negra, impecables; ropa que, por otro lado, daba la impresión de que era un muro de defensa (*muro* es la palabra más usada por él, pues muro era él) que, naturalmente, impedía la entrada a amigos o enemigos que más bien —según colegí más tarde— eran gentes medianas, indiferentes, como lo eran la vida y el mundo, tronchados, descabezados pues Luis decía que en verdad no había nacido sino para existir dentro de la poesía, sin rozar variantes de la vida.

14

La torre ha clamado por suyos tantos muros  
 Sobre huecos disformes bostezando, ayer morada  
 De la cual sin cobijo subsiste irónico detalle:  
 Chimenea manchada por humo de las noches  
 Idas, como los cuerpos allá templados en invierno  
 O tramo de escalera que conduce a la nada  
 Donde sus moradores irrumpieron con gesto estupefacto,  
 En juego del azar, sin coherencia del destino.

Yo le agradezco a Guerrero que me presente con usted, pero créame, pienso que miserablemente lo hago perder su tiempo. Entonces, ya sentados frente al mural, tomaba un té cualquiera y si no era yo quien rompía los silencios, éstos podían de hecho perpetrarse todo lo que el ambiente lo pudiera permitir, que lo permitía todo, entre *La Catrina* y la propia calavera de Luis. Pero jamás, entiéndase, jamás, me habló de él, o de sus viajes, o de su vida en general, o mucho menos de la íntima, o, claro está, de poesía. ¿De qué charlábamos entonces? De películas americanas y, en especial, de *Westerns*, que lo fascinaban. Por ello supe de memoria las actuaciones de John Wayne, Randolph Scott y, de paso, pero con comedido entusiasmo, de Montgomery Clift y de su película *Red River* donde la luminaria se golpeaba con Wayne sin que hubiera un doble de por medio porque lo creyera yo o no, Clift había sido entrenado como atleta por su condición física, extraordinaria para un hombre con apariencia endeble; fuerza que la utilizaría en el arte. Y me contaba la escena una y otra vez, pues el héroe del Oeste llenaba quién sabe qué huecos en el corazón del poeta, quien no acudía al cine sólo para distraerse de sí mismo, sino porque su afición me daba a entender que estaba literalmente enamorado de la cinta en turno, del director, del productor, de los actores y hasta de aquellas locaciones que a veces se rodaban en México,

pues el atractivo por las imágenes de la pantalla era un claro sustituto de las imágenes, igualmente evanescentes, de la realidad, con lo cual Cernuda no se singulariza, ya que la vida es así: imagen al cuadrado. Jamás, claro, nombró a ninguna actriz aunque yo a veces, por ejemplo, mencionaba a la Shearer, que me encantaba, o a Joan Crawford, de quien era adicto. Entonces el muro se alzaba mientras el mesero me servía un segundo martini seco. Luego, al despedirnos —siempre a las puertas del Prado— regresaba a la casa de Altolaguirre, en Coyoacán, o se metía al cine Magerit, allí mismo, en la Avenida Juárez. Por mi parte, me iba corriendo a chismear con Ignacio a su taller, o más bien a quejarme de no haber podido entrar, un milímetro, al interior de Luis Cernuda, recreándolo para mis adentros cuando, años después, se queja al final de su vida. Tomo una cuarteta de “Los poemas para un cuerpo”, en que se advierten esquejes de Bécquer, es decir, de un romanticismo en caducidad, pero siempre renovado por Cernuda:

Tantos años vividos  
En soledad y hastío, en hastío y pobreza,  
Trajeron tras de ellos esta dicha,  
Tan honda para mí, que así ya puedo  
Justificar con ella lo pasado.

“¿Que te aburres con él? Ay, no sé cómo puedes pedirle diversión a un hombre de tinta y papel; un hombre cuyo corazón, allá en la lejanía de alguna Cruzada, le fue sustraído para que no llegara hasta el Santo Sepulcro, en el que por otra parte no creía, pues es el poeta menos cristiano de la cristiandad, pero, al mismo tiempo, el que amó más a Cristo. ¿Me explico?” E Ignacio me convidaba a su casa, allá por Churubusco, donde un día y otro hacía fiestas al por mayor con sus amigos y con jóvenes obreros del rumbo, agregados algunos, ensombreados al estilo de los cuentos de José Revueltas, a quien yo conocí en la revuelta del 68 y a quien velamos, de cuerpo presente, en el Auditorio Justo Sierra, todo el ambiente protegido por un gran ramo de rosas rojas, casi negras, a las que conocíamos con el gallardo nombre de “Luto de Juárez”.

Pero como la falta de dinero era apremiante, se me ocurrió presentar a Cernuda con la plana mayor de la Facultad, para ayudarlo a dar clases y sacar al buey de la barranca. A Edmundo O’Gorman le encantó la idea e hizo una cena en su casa a la que asistieron Efrén del Pozo y gente como Gaos, Justino Fernández, de la Maza y hasta famosos arquitectos, como del Moral, Barragán y de la Mora. No invitaron a ninguna mujer, no obstante que a la mano estaban las amigas de O’Gorman y de Barragán, estilizadas como modelos de revista, flacas y estilosas. Todo estuvo bien, con las manías de Gaos y su pendiente con el reloj, ya que las cosas tenían que ser a horas señaladas, como

si estuviéramos en Alemania. Pero Cernuda, pese a su silencio (ya advertido por todos) hizo buena impresión y se le dieron dos clases, la de Literatura francesa y la de Siglos de Oro españoles. Se rumoraba que era tedioso pero que decía cosas novedosas, que no puedo imaginarme cuáles fueran, excepto su debilidad por Góngora (a quien amó sobre todos los poetas) y por Mallarmé. Pero como todo lo suyo, sus clases se secaron y su paso por las aulas no dejó huella alguna. Sin embargo, en algunas cartas suyas, ahora editadas en *La Jornada*, agradece a Paz el que lo haya introducido a la Universidad (¡Paz, que nunca la amó!) diciendo, de paso, que aquello era un gran burdel. Pero ya sabemos lo que son los “medios de comunicación”

16 Un día me dijo Ignacio: “Arrastra a Luis a Churubusco; tengo una fiesta y le he preparado un regalo muy lindo. Se trata de un muchacho al que le apodan en su barrio el ‘Marmolillo’, así de lisa y tersa es su piel. Chaparrito y muy guapo. Ojalá no le haga ningún feo, porque se aburre —o pensamos que se aburre— hasta el delirio, el pobre, ya ves que Luis no tiene don de gentes. Tráelo, tú eres el único que puede lograr esta hazaña; será el próximo miércoles, para que se vengan a la juerga después de su *bec a bec* en el Hotel del Prado”. ¿Por qué yo el único?, ¿por maldades de Ignacio?, ¿porque era yo quien se amedrentaba frente a él en El Prado? Pensé que el poeta no quería corregir sus duros caminos. Como Prometeo encadenado a una roca del Cáucaso, tenía el don de esperar a que el Águila le devorara el hígado.

Y así se hizo. Cernuda, que ya conocía la casa de Churubusco, no opuso resistencia. Era una edificación moderna, de espacios interiores estrechos, menos la estancia, grande, con un piano que a Ignacio le servía para ayudarse a dar las clases de solfeo. Se llegaba por callejones y más callejones, tal como si aquella mansión de placer —ni rica ni pobre— fuera a propósito creada para recibir sólo a los iniciados. Pero éstos eran múltiples, pues la gente de los alrededores ya sabía a qué atenerse cuando se abrían las puertas y, al salir la música, tal era la señal de la recepción de los invitados, gente de toda pero con las bebidas restringidas para evitar actos indeseados, aunque los hubiera siempre, en tamaña promiscuidad. Ignacio todo lo sabía y se pasaba arreglando las cosas a manera de Celestina, por lo que las fiestas no degeneraban jamás; o degeneraban a nuestra complacencia, con cachondeos, besuqueos y cambios de pareja. Nadie ignoraba que las habitaciones se prestaban por si acaso alguno de sus amigos la requería para motivos extras y particulares. Y llegaron los conocidos, los amigos de los conocidos y los desconocidos, de modo que pronto la algazara prendió sin saber —yo al menos— en qué lugar del mundo estábamos, tal era el libertinaje y la energía que aquellas reuniones desprendían. Era como una cantina, como aquel “Villamar” tan amplio (había dos mariachis pero de tan lejanos no se escuchaban entre sí) como amplias fueron sus maldades. Lástima que haya desaparecido.



Fueron inolvidables aquellas fiestas, las más sabrosas de nuestras respectivas existencias. Pero un buen día Ignacio se enamoró y Churubusco no volvió a abrir las puertas ni a licenciar aquellos sus espacios a los que les llamamos “El castillo del diablito azul” donde a veces jugábamos a desnudarnos poco a poco, según la pérdida, siempre bienvenida.

Pero vuelvo a mi punto de partida, cuando ambos fuimos juntos a Churubusco. “¿Sabes lo que está ocurriendo?”, me dijo el anfitrión en voz baja no bien llegué con Cernuda y lo convidé a sentarse en la estancia. “Ven. Pues me dice Lauro [se trataba de Lauro López, aquel exquisito pintor muerto muy joven] que el ‘Marmolillo’ se petateó hace una semana. Ya ves que era de Temixco y vivía puerta con puerta con Lauro. No sabe qué ocurrió, algo del corazón, inexplicable a sus años, pues tendría veintidós. Pobrecillo, con lo mucho que le hubiera gustado a Luis, pero vamos a presentarle a un chico muy guapo, de ojos verdes, que ha venido de tu tierra, de Guadalajara, por unos cuantos días. No es de la ciudad, pero sí de los “Altos”. No tardará en llegar con Alberto, que quién sabe cómo hacía siempre para conseguir gente “fresca”. Pero de tanto en tanto le ofrecíamos al poeta ya “petit fourres” —como les decía Ignacio a los bocadillos— ya una copa de vino mexicano, ya cualquier otro “tente en pie” para sacarlo de su helado mutismo. Y en tanto la gente bailó, hizo bromas, jugó, salió a la calle a coquetear, pues la noche estaba deliciosa y el barrio en su punto para prohijar por todas partes amistades transitorias, amistades recelosas, amistades peligrosas, tal como debe ser cuando el eros se presenta para hacer de las suyas, aun y a pesar de Cernuda.

17

La caricia es mentira, el amor es mentira, la amistad es mentira.

Y a la amistad amargosamente le dice:

Tú sola quedas con el deseo,  
Con este deseo que aparenta ser mío y ni siquiera es mío,  
Sino el deseo de todos,  
Malvados, inocentes,  
Enamorados o canallas.

Tierra, tierra y deseo  
Una forma perdida.

Sin embargo, algo pasaba, ya lo sugerimos, alrededor de Luis. Era como si los muchachos, al verlo, al olfatearlo, tuvieran resquemor porque sin decir una palabra no volvían a entrar a la estancia. El poeta, el semidiós, estaba moribundo del alma. Lo mismo le sucedió al pianista, que tocó algo muy

breve y luego se excusó, alegando que le dolía una mano. Por su parte, Alberto Chávez intentó alguno de sus sones rancheros, que se le quedó sin salir, como si hubiera olvidado el oficio, la letra, su plante, ante un auditorio tan poco formal como el nuestro, y, sobre todo, sus ganas de exhibirse. Yo le dije a Ignacio que Cernuda espantaba de sí a todo mundo, y era verdad. Y es que los sufrimientos humanos nos están impuestos acaso por la divinidad, con la meta que va de la tribulación a la perfección; al menos Luis Cernuda lo daba a entender como un mudo que —hecho sólo de palabras asonoras— es castigado a jamás poder expresarlas.

18 Heló a la concurrencia que, al poco rato, empezó a salirse, cuando en otras ocasiones todos nos desvelábamos hasta la madrugada. Entonces decidimos aliviarnos de la desventura acompañando al poeta a la parada del tranvía, o del autobús, o de lo que fuera. Estaba yo realmente exhausto de su seriedad, de su falta de gentileza productos de su nada hacer en el mundo que no fuera escribir. Y él era viejo en la vida, y el tiempo envejece las almas. Pero Ignacio tenía razón: era como un raro Dionisos y nosotros la estúpida jauría que lo persigue para comérselo a pedazos.

No sé cuándo nos volvimos a ver, por la vez última, en medio de las luces y el colorido de Diego Rivera. Pero más temprano que tarde Luis había muerto. Se dijo que de un ataque cardiaco, al rasurarse frente a un espejo, en casa de Manuel Altolaguirre, muerte que predijo porque sus ancestros, por el lado masculino, siempre morían alrededor de los sesenta:

Abajo pues la virtud, el orden, la miseria;  
Abajo todo, todo, excepto la derrota,  
Derrota hasta los dientes, hasta ese espacio helado  
De una cabeza abierta en dos a través de soledades  
Sabiendo nada más que vivir es estar a solas con la muerte.

Yo, en medio de mi pena, me alegré por él y porque su poesía con creces rescataba su ausencia. Pero ¿y el amor? “Ay, no te preocupes —me dijo Ignacio, alguna vez que tocamos el tema—. Mira, tenía por allí un amiguito, alguien que ganó en un concurso el premio al mejor cuerpo de ese año, por lo que se le quedó el mote de Mr. Laredo; creo que se llamaba Mauricio, Mauricio no se qué, se me ha olvidado. Me lo contó por carta el propio Luis, cuando estuvo en el norte, donde lo conoció. Qué maravilla que hubiera tenido sus haberes con ese muchacho. Fue en él en quien se inspiró para el diseño de sus *Poemas para un cuerpo*, “¿no te parece espléndido?, donde se queja de que el amor hubiera llegado tan tarde a su vida, cuando en realidad podía haberse quedado para siempre con las manos vacías”. Y luego me alargó un papeliito que Cernuda le había dado para mí apenas una semana después del fracaso de la fiesta de Churubusco:

Al despertar de un sueño, buscas  
tu juventud, como si fuera el cuerpo  
del camarada que durmiese  
a tu lado y que al alba no encuentras.  
Ausencia conocida, nueva siempre,  
con la cual no te hallas. Y aunque acaso  
hoy seas tú más de lo que era  
el mozo ido, todavía  
sin voz le llamas, cuántas veces;  
olvidado de que su mocedad alimentaba  
aquella pena aguda, la conciencia  
de tu vivir de ayer. Ahora,  
ida también, es sólo un vago malestar, una inconciencia acallando  
el pasado, dejando indiferente al otro que tú eres, sin pena, sin  
alivio.

19

México, D. F., “Los empeños”,  
San Ángel, finales de julio de 2002-4 de mayo de 2003.  
Leído en Sevilla como homenaje al gran poeta.